



UNO SE SALVA

Jhon Isaza¹

También la vida del inmortal Lev Tolstói fue doble. En *Confesión*, un libro pequeño que recoge algunas de sus notas autobiográficas cargadas de preguntas, cuenta que hay una vieja fábula oriental de un viajero que fue sorprendido por una bestia furiosa en una selva desértica. Para escapar de la bestia tras mucho correr el viajero salta al interior de un gran pozo en el que antes había agua, pero una vez arriba, suspendido en el aire, sobre el pozo, ve en el fondo un dragón con fauces abiertas dispuesto a devorarlo; con ayuda de un débil arbusto, el afortunado infeliz queda asido a una de las paredes del pozo. No se atreve a subir, por temor a la bestia, y mucho menos a saltar, por temor al dragón. Sabe, el infeliz, que es la muerte lo que le espera, pero sigue aferrándose con más fuerza en tanto más se debilitan sus lánguidos brazos. Cuando ya ha pasado tiempo y los nervios se estabilizan, el viajero se percata de que alrededor del arbusto hay dos ratones que roen el tallo, dándole la seguridad al viajero de que su caída será pronta. El viajero los ve y nada puede hacer –dice Tolstoi-, y sigue mirando en las paredes del pozo, y halla sobre las hojas de alguna rama algunas gotas de miel, las alcanza con la lengua y las lame.

Dice Tolstói que seguramente no entendió bien la fábula. Que quienes la cuentan llegan hasta este punto y de allí en adelante todos tienen, en sus historias, desenlaces distintos. Algunos dicen que el roer de los ratones y el peso del viajero hicieron lo suyo, y que el infeliz cayó a las fauces del dragón antes de que el índice derecho llevara la miel hasta su boca. Otros, que el viajero no supo ver la miel, angustiado, como estaba, por el destino que los dioses le habían marcado, preocupado más por el cómo de su muerte, que por el hecho mismo del morir. Los más cercanos a los hechos –dice Tolstoi-, susurran que nadie sabe si fue la bestia o el dragón, que el viajero se desentendió de la muerte y de la vida, extasiado, como estaba, por el placer de la miel.

En una carta a Anton Chejov, otro filósofo brutal, le dice que en ocasiones siente que la vida es eso, estar colgados a un arbusto débil, conscientes de lo que nos espera, con la única incógnita

¹ Profesor de filosofía y librero. Correo electrónico: jhon.a.isaza@gmail.com

del cómo. Y cree entonces que con razón la gente busca con desespero la miel que en vida le hará olvidarse de la vida (del estar suspendidos), pero le dice que no entiende bien a esas gentes, porque ¿cómo puede una persona vivir y no darse cuenta? Claro que Chejov no responde, porque sabe que eso pronto se le quitará a su amigo y maestro, y porque sabe que Tolstói no esperaba respuestas para sus preguntas.

Más o menos por la misma época en que Tolstói molestaba a Chejov con sus achaques, el mundo conoció *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*. Esa novelita cuenta la historia de un inteligente abogado que tenía conocimientos de letras y ciencia, y que estaba agobiado por la misma cosa que atormentaba a Tolstói: sentía que era más que uno. En ocasiones, en un baile o en una reunión importante, el Dr. Jekyll sabía que estaba en el lugar y momentos adecuados, que todo marchaba bien, que la vida le era grata y que las dudas habían sido resueltas por las letras y por la ciencia. Pero algunas noches, dice Stevenson como confesándose, el Dr. Jekyll sentía que era mentira, que todavía había preguntas, nieblas, y que había en él otro él que no pertenecía a los bailes y a las reuniones importantes. Stevenson se las ingenió para sacar el otro que había en él, y así fue que el mundo conoció al antagonista Mr. Hyde. Stevenson nos mintió bonito. Nos hizo creer que era posible ser el inteligente y noble Dr. Jekyll, sin dudas, sin nieblas, y ser Mr. Hyde, todo inconformismo y recelo, libre de la aburrida felicidad de bueno ajeno. Algunos saben ya el final, Stevenson no pudo sostener la farsa y no podrían vivir ambos. Sólo uno se salva.

Quizá de eso se trata la filosofía y todo esto. Tolstói olvidó contarle a Chejov el otro posible desenlace de la historia aquella. En éste, el hombre que pende, que cuelga del arbusto, encuentra una inscripción tallada en la roca —hecha por otro viajero, quizá—, es una fórmula matemática, o algo así, pero el caso es que parece estar errada. El viajero encuentra inaceptable dejar el error allí, y se da a la tarea de enmendarlo para que futuras generaciones de viajeros agobiados sepan que fue él quien zanjó la cuestión.

La filosofía tiene también que ver con esto: ante el reconocimiento de nuestra mortalidad y de nuestros límites, se ha convertido en dulce miel para disfrutar de la vida, se ha convertido en una ruta para comprender lo que otros han hecho y para ponernos a prueba frente a lo que podemos hacer para divertirnos, para jugar a conocer, y para corregir errores que podrían hacer más amena la vida de otros viajeros que, como nosotros, también están colgando de alguna rama.